LA RUBIA,

COMEDIA EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

MADRID.

EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

OFICINAS: PEZ, 40, 2.°

1872.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE JULIO DE 1871.

EL TEATRO.

TÍTULOS.	Actos.	Prop. que correspond.
Á tal amo tal criado	1	Todo.
Al que se hace de miel	1	Id.
D. Ramon de la Cruz	1	Id.
El amor y la astucia	1	Id.
El barómetro	1	Id.
Entre el nieto y el abuelo	1	Id.
La firmeza de un gallego ó las últimas elecciones	1	Id.
La pet ca	1	Id.
La verdadera nobleza	1	Id.
La astucia de un andaluz	1	Id.
Nubes	1	Id.
Pobres y ricos	1	Id.
Receta para casarse	1	Id.
Un hombre comprometido	1	Id.
Un momento de locura	1	Id
Una perra y un gato	1	Id.
Amor, honor y poder	3	Id.
El testamento de Acuña	3	Id.
La astucia de un asistente	3	Id.
La mosca blanca	3	Id.
Los secuestradores de Andalucía	3	Id.
Los dulces de la boda	3	Id.
Los niños grandes	3	Id.
Odio y amor	3	Id.
C de L. (Zarzuela.)	1	L. y m.
Cuatro demonios y un cabo	1	Id.
Chamusquina ó la Hija del petróleo	1	Libro.
¡¡¡Palomo!!!	1	L. y M.

TÍTULOS.	Actos.	Prop. que correspond.
Tamberlik, Mario y Latorre	1	L. y M
Un sevillano en la Habana	1	Id. Id
=Tocar el violon	1	Libro.
El marino	2	L. y M
=¡El Teatro en 1876!!	2	Libro.
Los dragones	2	L. y M
Justos por pecadores	3	Id. Id
Un lio entre dos castaños		Todo.
La feria de las mujeres,	3	Id.
La escala de la ambicion	3	Id.
El Caballero de Gracia	3	Id.
=Perla. (Zarzuela.)	1	Libro.
La peluca de mi mujer	1	Todo.
La fuerza de la conciencia	3	Id.
Un empréstito forzoso	1	Id.
Agustina la cantinera	1	Id
La Vírgen del Amparo	1	Id.
Tres al saco	1	Id.
Los pastores de Belen. (Ópera.)	3	L. y M
Amor y caridad	1	Todo.
Amor paternal	3	Id.
La tarde de Noche-buena	3	Id.
La caja de Pandora	3	Id.
Los zapatos de baile	1	Id.
Intriga y amor	4	Id.
El miedo guarda la viña	3	Id.
El justo medio		Id.
Los zapatos de baile	1	Id.
La Rubia	1	Id.

Han vuelto á estas galerías las obras del Sr. Boldun, que durante un cort tiempo ha administrado *El Proscenio*, y por lo tanto nuestros comisionado se encargarán nuevamente del cobro de sus derechos.

LA RUBIA.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

EUSEBIO BLASCO.

LA ANTIGUA ESPAÑOLA.....	Comedia en cuatro actos en prosa.
LA MUJER DE ULISES. (Tercera edicion.)............	En un acto en verso.
LA TERTULIA DE CONFIANZA.	En tres actos en verso.
EL JÓVEN TELÉMACO. (Cuarta edicion.)...............	Zarzuela en dos actos en verso.
UN JÓVEN AUDAZ...........	Juguete en un acto en verso.
EL AMOR CONSTIPADO......	En un acto en verso.
EL VECINO DE ENFRENTE. (Segunda edicion.)..........	En un acto en verso.
LA SUEGRA DEL DIABLO....	Zarzuela en tres actos en verso.
PABLO Y VIRGINIA........	Zarzuela en dos actos en verso.
LOS NOVIOS DE TERUEL.....	Zarzuela en dos actos en verso.
LOS CABALLEROS DE LA TORTUGA..................	Zarzuela en tres actos en verso.
EL ORO Y EL MORO.......	Comedia en un acto, en verso.
LOS PROGRESOS DEL AMOR..	Zarzuela en tres cuadros, en verso.
LA SEÑORA DEL CUARTO BAJO.	Pasillo cómico, en un acto y en verso.
EL PAÑUELO BLANCO. (Segunda edicion.).............	Comedia en tres actos en prosa.
NO LA HAGAS Y NO LA TEMAS.	Proverbio en dos actos en prosa.
LA MOSCA BLANCA.........	Comedia en tres actos, en prosa.
LOS DULCES DE LA BODA...	Comedia en tres actos, en prosa.
LA RUBIA................	Comedia en un acto en prosa.
EL MIEDO GUARDA LA VIÑA..	Proverbio en tres actos.
LA RUBIA................	Comedia en un acto.

LA RUBIA,

COMEDIA EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

Representada por primera vez en el Teatro Español, la noche del 11 de Enero de 1872.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
CRISTINA	SRA. HIJOSA.
DOÑA ISIDORA	SRA. VALVERDE.
ARTURO	SR. MARIO.
DON TOMÁS	SR. ALISEDO.
Una doncella y un criado.	

ACTO ÚNICO.

Una sala elegantemente amueblada. Cristina y Arturo sentados á la chimenea. Ruido de lluvia dentro.

ESCENA PRIMERA.

CRISTINA, ARTURO.

CRIST. Qué estás pensando, hombre?
ART. Eh? Ah, no, nada.
CRIST. Te estoy hablando y no me contestas.
ART. Yo?
CRIST. Tú. Cada dia eres más distraido.
ART. No; es la digestion. La digestion y la...
CRIST. Á mí que me gusta tanto este ratito de conversacion despues de comer!
ART. Sí, y á mí tambien, á mí tambien. Vaya! Pues si es un encanto...
CRIST. No se conoce. Maldito el caso que haces de lo que te digo.
ART. Qué me decias?
CRIST. Nada, hombre, nada.

ART. Pero, mujer, una distraccion la tiene cualquiera.

CRIST. Bueno; no se hable más; no quiero que me llames gruñona.

ART. No, mujer, no.

CRIST. De veras no?

ART. De veras no.

CRIST. Qué bien llueve! Oyes?

ART. Llueve?

CRIST. No oyes el agua?

ART. Caramba, es verdad. Llueve mucho.

CRIST. Á bien que nos coge á cubierto. Quieres que eche más leña?

ART. No.

CRIST. Da gusto pasar así la velada, al amor del fuego; verdad?

ART. Ya lo creo! (Saca el reloj.)

CRIST. Para qué miras el reloj?

ART. Para qué ha de ser, mujer? Para ver qué hora es.

CRIST. Creo que no irás á salir ahora con el tiempo que hace.

ART. No; es decir...

CRIST. No salgas, hombre, no salgas; pasa la noche en casa. Dónde irás que lo pases mejor? Mira, nos estamos así, al amor de la lumbre, hablando de lo que tú quieras; dentro de una hora vendrá *La Correspondencia*, y tú me leerás todas las noticias; despues haremos el té aquí mismo; yo te serviré una taza y tú á mí otra; luégo fumas un cigarro sosegadamente, me cuentas algo interesante, un episodio de tus viajes, una de esas historietas que tú sabes referir tan bien; yo toco al piano aquella melodía de Schubert que te gusta tanto, y á las doce á dormir. ¿No es esto un encanto?... Quererse, vivir uno para otro, no tener en qué pensar y pasar las horas de invierno en la tranquila y dulce calma del hogar, dichosos y envidiados de todo el mundo; ay, Arturo, te aseguro que cada dia bendigo más nuestra mútua suerte... (Arturo se levanta de pronto y comienza á pasear muy preocupado.) Pero, hombre, qué grosero eres!

ART. Eh! Qué decias?

CRIST. Ah, no has oido nada de lo que te he dicho, verdad?

ART. ¿Qué era?

CRIST. Vamos, esto no se puede sufrir, es una picardía! (Llorando.)

ART. No, mujer, no; sino que, mira, las cosas... yo...

CRIST. Desdeñarme así!...

ART. No, hija mia; qué te he de desdeñar!...

CRIST. Y hace ya dias que te observo, y tú estás muy preocupado, mucho... Dios mio, esto es algun *busilis!*

ART. Busilis! No, hijita, no... oye... (Se queda parado de pronto sin oir lo que dice Cristina.)

CRIST. Sí señor, sí; aquí hay gato encerrado. Yo no puedo comprender lo que significa todo esto: Tú no has sido nunca tan distraido, ni has salido nunca de casa á ciertas horas, ni... en fin, Arturo, estoy desesperada!

ART. Cálmate, Cristina, cálmate; estás inquieta sin motivo yo...

CRIST. De veras no tapas nada?

ART. No tapo, no.

CRIST. Vaya, hombre, pues vuélvete á sentar. (Arturo se sienta maquinalmente.) Mira qué fuego tan hermoso. Queda pactado que no sales, verdad?

ART. No: no salgo.

CRIST. Cuéntame lo que motiva tu distraccion. Es algun negocio que te ha salido mal?

ART. Algo hay de eso.

CRIST. Bueno, pues no emprendas otro; para qué necesitas tú los negocios?... Tu patrimonio y mi dote han formado una renta que nos envidia mucha gente. Si tenemos para vivir cómodamente, á qué viene eso de buscarse quebraderos de cabeza? No pienses en ello, hablemos de otra cosa; de nuestro cariño, de nuestro porvenir, de nuestra dicha. Si vieras lo que me satisface á mí verte contento! Me da tanta pena suponer que estás disgustado... á veces dirás que soy muy pesada, pero ya comprendes que toda mi pesadez es hija del cariño, y por eso mismo en ocasiones...

ART. (Levantándose de pronto.) Hasta luégo! (Coge el sombrero y el gaban.)

CRIST. ¿Qué?

ART. ¡Vuelvo ahora mismo! (Se marcha corriendo.)

ESCENA II.

CRISTINA.

Se levanta muy asombrada y va hasta la puerta. Vuelve á la escena, quiere hablar y no puede, mira á todos lados y rompe á llorar cómicamente, diciendo:

¡Vamos, esto no se puede sufrir!

ESCENA III.

CRISTINA, D. TOMÁS.

TOMAS. Qué atrocidad! Á poco más me pasa por encima!

CRIST. Ay don Tomás! Ay don Tomás de mi alma, venga usted acá.

TOMAS. Dónde diablos va su marido de usted con tal prisa?

CRIST. Le ha encontrado usted?

TOMAS. Si va disparado! Me ha dado un empujon que á poco más me hace rodar por las escaleras.

CRIST. Y usted por qué no le ha preguntado que á dónde iba?

TOMAS. Pero usted cree que ha habido tiempo para nada? Ni siquiera me ha dado las buenas noches.

CRIST. Y á dónde va?

TOMAS. Qué sé yo!

CRIST. Y por qué se va?

TOMAS. Yo no sé.

CRIST. Pues yo tampoco.

TOMAS. Pues estamos iguales.

CRIST. Don Tomás, yo me quiero morir.

TOMAS. Morir?

CRIST. Sí señor; esta misma noche.

TOMAS. Pero por qué?

CRIST. Porque soy muy desgraciada.

TOMAS. Pues qué pasa?

CRIST. Cuántos años hace que me conoce usted?

TOMAS. Desde que era usted así. (Marcando la altura de un niño de seis ó siete años.)

CRIST. Y á mis hermanas?

TOMAS. Desde que eran así. (Marcando un poco más alto.)

CRIST. Y á mi marido?

TOMAS. Desde que era así. (Id. un poco más.)

CRIST. Bueno. Cuántos novios me ha conocido usted?

TOMAS. Ninguno más que su marido.

CRIST. Y á mi marido, cuántas novias?

TOMAS. Ninguna más que usted.

CRIST. Ha sido feliz nuestra union?

TOMAS. Todo el mundo lo sabe.

CRIST. He dado yo motivos de queja á mi marido?

TOMAS. Absolutamente.

CRIST. Es él bueno?

TOMAS. Excelente.

CRIST. Y yo?

TOMAS. Excelentísima.

CRIST. Pues bien...

TOMAS. Qué?

CRIST. Que se ha empezado el melon!

TOMAS. Qué melon?

CRIST. Cuál ha de ser?... Él... la... en fin... aquí hay un melon, don Tomás!

TOMAS. Supongo que no lo dirá usted por mí.

CRIST. No señor, no, yo sé por qué lo digo.

TOMAS. Mire usted, Cristinita, como yo no entiendo de agricultura, no veo á dónde va usted á parar con todo eso.

CRIST. Arturo no me oye cuando yo le hablo. Arturo no come; Arturo no duerme; Arturo no sosiega, Arturo no es Arturo, mi marido está en Babia.

TOMAS. Ya, ya, ya, ya. Pues mire usted, ya lo habia yo notado.

CRIST. ¿Sí?

TOMAS. Sí, hija, sí; hace un mes que no sé lo que le pasa. Á lo mejor se olvida de lo que está hablando; fuma de una

manera atroz.

CRIST. Hombre, eso es lo que más me choca; no hace más que fumar; enciende un cigarro, da dos chupaditas, lo tira, enciende otro, da dos chupaditas, y lo tira... qué quiere decir eso?

TOMAS. ¡Uf! Cuando uno está preocupado, fuma más que cuando no lo está.

CRIST. Sí, eh?

TOMAS. Ya lo creo! Arturo piensa en algo. Ayer paseamos un rato juntos, y saludaba á sus amigos maquinalmente. Yo le hablaba y no me respondia.

CRIST. Y á qué atribuye usted eso?

TOMAS. Yo... no sé.

CRIST. Sí. Usted lo sabe lo mismo que yo, solamente que no se atreve usted á decírmelo. Pero nosotros podemos hablar sin rebozo, y yo le diré á usted lo que sospecho. Mi marido tiene algun trapicheo.

TOMAS. Eso es lo que yo creo.

CRIST. Lo cree usted? Ay, ay, ay! (Llorando.)

TOMAS. No se aflija usted!

CRIST. Pues no, que me pondré á bailar!

TOMAS. En estos casos, la diplomacia es gran recurso. Vamos á pensar cómo le descubrimos el enredo.

CRIST. Eso. Á cogerle *infraganti*.

TOMAS. Yo tengo tanto interés como usted... Le quiero como á un hijo, y...

ESCENA IV.

DICHOS, ARTURO.

Arturo entra precipitadamente y sin reparar en Cristina ni en D. Temás, va directamente á una de las puertas laterales y entra por ella.

CRIST. Ha visto usted?

TOMAS. Señor, qué cosa tan original!

CRIST. Ay, Dios mio de mi vida, se habrá vuelto loco?

TOMAS. Demonio! (Apartándose á un lado.)

CRIST. Es que anoche ya noté que se levantó á las tres de la mañana, y empezó á pasearse por la sala haciendo visajes.

TOMAS. No, es que... no enredemos, no nos vaya á dar un golpe...

CRIST. Pues no faltaba mas!

ART. (Vuelve á salir Arturo.) (No ha venido esta tarde... tiene que venir esta noche.)

CRIST. Ve usted? Habla solo.

ART. (Y si no viene, me he lucido.)

CRIST. (Se va otra vez!) (Ap. á D. Tomás.)

TOMAS. Buenas noches, hombre.

ART. Hola, don Tomás! Cómo va? Yo bien, gracias, ea, hasta luégo!

TOMAS. Pero hombre!

CRIST. Oye!

ART. Perdona, hija mia, es un asunto urgente! Ya te contaré... ea, ahora les diré á ustedes, con que, con permiso, abur! (Se marcha corriendo.)

ESCENA V.

CRISTINA, D. TOMÁS.

CRIST. Dios mio, mi marido ha perdido el juicio!

TOMAS. Pues señor, no lo entiendo.

CRIST. Qué desgracia!

TOMAS. Cálmese usted, Cristina, cálmese usted.

CRIST. Qué me he de calmar, hombre, qué me he de calmar? Cree usted que esto no es para desesperarse? Un hombre que en su vida ha tenido quebraderos de cabeza, que no ha faltado á sus deberes jamás, que ha formado siempre decidido empeño en complacerme, salir ahora con estos tapujos!

TOMAS. Pero qué demonios puede ser esto? Vamos á calcular... diga usted: él se dedica á la política?

CRIST. Á la política?

TOMAS. Acaso esté metido en alguna conspiracion... ó tenga

entre manos alguna combinacion ministerial.

CRIST. No señor, no.

TOMAS. Sin embargo, no hace mucho que le han dado una gran cruz. Qué ha hecho?

CRIST. Nada! Pues por eso se la han dado!

TOMAS. Ah! Basta. Sabe usted si ha perdido dinero en algun negocio?

CRIST. No sé; eso he creido yo; pero ya comprende usted que á estas horas no irá á despachar ningun negocio.

TOMAS. Quién sabe!

CRIST. Señor, qué negocios son estos que se despachan al anochecer! No, no es eso, don Tomás, él va y viene, muy preocupado, entra y sale á menudo, y es indudable que, sea el que fuere el asunto, se ventila en la vecindad. Nunca tarda un cuarto de hora en ir y volver.

TOMAS. Vamos á ver. Esta calle es la de la Victoria... á dónde puede ir? Irá al casino?

CRIST. No es socio ni quiere serlo.

TOMAS. Irá á los teatros?

CRIST. No; ya ve usted que le seria muy incómodo eso de venir todos los entreactos á casa.

TOMAS. Es devoto?

CRIST. No, hombre, no.

TOMAS. Porque puede ser que vaya á San Ignacio á la novena.

CRIST. No será mala novena... como no sea la décima ó la undécima!

TOMAS. Pues hija, no atino.

CRIST. Es que alguna vecina le tiene sorbido el seso... y yo se lo voy á contar á mi mamá. Él respeta mucho á mamá.

TOMAS. Sí?

CRIST. Sí señor, dice que le tiene más miedo que al gobierno.

TOMAS. Por qué?

CRIST. Oh, porque mi madre es terrible.

TOMAS. Usted ha procurado inquirir...

CRIST. Sí, pero inútilmente. Las cartas que trae el cartero las abro yo; las que vienen á la mano, lo mismo.

TOMAS. No ha encontrado usted rastro?...
CRIST. Nada.
TOMAS. Ha visto usted si en su cuarto hay algun indicio...
CRIST. En su cuarto? Hombre, tiene usted razon, ahora mismo voy á registrarlo todo.
TOMAS. Cuidado que yo no...
CRIST. Sí señor, todo lo voy á volver de arriba abajo. Ay, Dios mio de mi alma, se me doblan las piernas, estos disgustos me van á quitar la vida!

ESCENA VI.

D. TOMÁS, luégo ARTURO.

TOMAS. La verdad es que él nunca ha dado motivo... qué será?
ART. (Entra precipitadamente, coge una silla, la levanta en alto, se acerca á un velador dejándola caer de golpe en el suelo, se sienta, apoya los codos en el velador y la cara entre las manos, y golpea con un pie en el suelo, mesándose al mismo tiempo los cabellos.)
TOMAS. Parece que está furioso... y es el caso que como es tan arrebatado en todas sus cosas .. le temo.
ART. (Y qué hago yo ahora? Qué hago yo ahora? Quién se iba á figurar que no vendria esta noche?)
TOMAS. Si me atreviera á decirle algo...
ART. (Señor, si no puede ser!...)
TOMAS. Arturo... (Con mucha dulzura.)
ART. (Porque lo grave es que...)
TOMAS. (No oye.)
ART. (Si con lo poco que queda pudiera ir á buscarla...)
TOMAS. Arturo? (Con dulzura.)
ART. ¡¡Don Tomás!! (Levantándose de pronto, y corriendo hácia D. Tomás. Éste echa á correr despavorido.)
ART. Oiga usted!
TOMAS. Pero hombre, qué tienes? (Desde léjos.)
ART. Don Tomás, estoy perdido!
TOMAS. Cálmate, hombre, cálmate, que vienes sofocado.
ART. Estoy muy colorado, verdad?
TOMAS. Parece que te echa fuego la cara!

ART. Á ver? (Va corriendo al espejo.) Bueno estoy! Pero no lo he podido remediar! Hay fatalidades inevitables... Usted no dudará nunca de mi pundonor, verdad?

TOMAS. Ah, vamos, te han dado una bofetada, eh?

ART. Don Tomás!

TOMAS. Y ha debido ser de revés, chico.

ART. Don Tomás, no me vuelva usted á decir eso. Pegarme á mí una bofetada? Á mí? Vamos, hombre, no hay en España quien me dé á mí una bofetada.

TOMAS. No, si yo no...

ART. Usted cree que yo me deje dar una bofetada? Yo? Una bofetada... yo?... (Acercándose amenazador á D. Tomás.)

TOMAS. No, hombre, no; no hay quien te pegue á tí un bofeton en toda la Península.

ART. Es que... ni en el extranjero tampoco, oye usted?

TOMAS. Desde luégo, desde luégo.

ART. Si estoy sofocado... es porque... porque estoy sofocado, vamos.

TOMAS. Por eso debe ser.

ART. Porque estoy perdido miserablemente! Porque estoy arruinado!

TOMAS. Tú! Arruinado, Arturo?

ART. Baje usted la voz.

TOMAS. Qué sucede? Habla por Dios.

ART. No lo quiera usted saber. Es una cosa horrible, horrible, horrible!

TOMAS. Señor; qué desgracia! Pero dime... algun negocio...

ART. Pero qué negocio tan infeliz! Mi fortuna, la de mi mujer, la de mis hijos...

TOMAS. ¿Qué hijos?

ART. Los que pienso tener. Pues qué seria alguna cosa del otro mundo?

TOMAS. No, no.

ART. Mi fortuna, la de mi mujer, la de mis hijos, lo que he de heredar, todo, todo se ha perdido.

TOMAS. Pero, criatura, quién te manda á tí meterte en dibujos? Si tienes una fortuna para vivir, á qué te compro-

metes?...

ART. Ahí verá usted.

TOMAS. Ha sido en la Bolsa?

ART. No señor.

TOMAS. Ya: en obras públicas, eh?

ART. No señor.

TOMAS. Comercio menudo?

ART. No.

TOMAS. Te habrá pasado lo que á mí, que comercié una vez en paraguas y no llovió en todo el invierno.

ART. No, no, no, no es eso. En fin, para las ocasiones son los amigos. Que Cristina no sepa nada, que no lo sepa... por ahora. Ello es que hoy dia de la fecha no tengo un cuarto...

TOMAS. ¿Hasta ese extremo?

ART. Tengo unos dos mil reales, y pare usted de contar.

TOMAS. Pero chico...

ART. Nada, como usted lo oye.

TOHAS. Qué necesitas por de pronto?

ART. Lo que usted pueda darme.

TOMAS. Hombre, precisamente esta tarde he cobrado los alquileres de mi casa de la calle del Biombo y tengo en el bolsillo ocho ó diez mil reales en papel. Los quieres?

ART. Vengan. (D. Tomás se los da.) Muchas gracias. Se los devolveré á usted...

TOMAS. Cuando quieras. Lo importante es que salgas con ellos de tu apuro. Crees...

ART. No sé.

TOMAS. Por qué no me dices de qué se trata? No tienes ya confianza en mí?

ART. Sí señor, sí, pero temo... temo decírselo á usted porque... en fin, es una pasion tal...

TOMAS. Pasion?

ART. Horrorosa.

TOMAS. Ah! Con que era.... ah!... con que... ah! Pero, hombre, esa mujer debe comer perlas segun lo que gasta.

ART. Ya lo creo!

TOMAS. Debe ser una notabilidad.

ART. Ya lo creo!

TOMAS. Alguna morena de esas...

ART. No señor, no. Es rubia.

TOMAS. Rubia?

ART. Rubia. Vuelvo en seguida!

TOMAS. Pero adónde vas?

ART. Déjeme usted. Ya se lo explicaré á usted más despacio. (Qué venga, Dios mio, qué venga!)

ESCENA VII.

DON TOMÁS.

Malo, malo, malo! Me parece que los diez mil reales no vuelven á casa. Señor, es posible que las mujeres vuelvan el juicio á los hombres de este modo?

ESCENA VIII.

DON TOMÁS, CRISTINA.

CRIST. Con quién hablaba usted?

TOMAS. Con Arturo.

CRIST. Ha vuelto?

TOMAS. Sí.

CRIST. Y dónde está?

TOMAS. Se acaba de marchar.

CRIST. Otra vez? Pero mi marido parece un aguador!

TOMAS. Ay, Cristina!

CRIST. Ay, don Tomás! No he encontrado nada. Nada absolutamente. Todo lo he revuelto, todo lo he mirado; no hay rastro ni huella.

TOMAS. (Yo se lo voy á contar.)

CRIST. Qué ha dicho Arturo? Á qué ha venido? Qué significa esto? Ha sondeado usted...

TOMAS. Sí, hija mia, sí; he sondeado, he...

CRIST. Y qué...

TOMAS. Qué? Qué... en fin, usted tenia razon.

CRIST. Está enamorado?

TOMAS. De una rubia.

CRIST. ¡Ay! (Cayéndose sobre un sofá.) Don Tomás, que llamen al médico.

TOMAS. Pero criatura!...

CRIST. Nada, nada, yo me quiero morir, por consiguiente, que venga el médico.

TOMAS. Hija, eso es un insulto á la clase.

CRIST. Conque está enamorado?

TOMAS. Eso dice.

CRIST. Lo dice él?

TOMAS. Él.

CRIST. Pero hombre, y con qué cara lo dice?

TOMAS. ¡Con la suya!

CRIST. No puede ser!

TOMAS. No? Pues hija ni siquiera se ha quitado el bigote para contármelo!

CRIST. Don Tomás, qué hace una mujer en mi caso?

TOMAS. Yo no sé...

CRIST. Usted le ha visto salir?

TOMAS. Cuándo, ahora?

CRIST. Ahora.

TOMAS. Sí.

CRIST. Qué camino ha tomado?

TOMAS. El de la calle.

CRIST. Ay qué hombre este! (Va corriendo á abrir el balcon y mirar á la calle.)

TOMAS. Esta muchacha se va á volver loca.

CRIST. Ya le veo!

TOMAS. ¡Eh?

CRIST. Ya le veo!

TOMAS. Pero hija de mi al... ¡achís! (Estornuda.)

CRIST. Vuelve á casa!

TOMAS. Me alegro mu... achís! Quiere usted cerrar ese balcon?

CRIST. ¡Que viene!

TOMAS. Ya lo he oido!

CRIST. Y aquí va á ser ella!

Tomas. Le va usted á apostrofar?
Crist. Usted verá lo que yo hago.
Tomas. Ea, hasta luégo.
Crist. (Cogiéndole por los faldones.) Espérese usted!
Tomas. Quién me habrá metido á mí en estos lios?

ESCENA IX.

DICHOS, un CRIADO.

Criado. Señora...
Crist. Ha entrado el señorito?
Criado. Ha venido y se ha vuelto á marchar.
Crist. y Tomas. Eh? (Asombrados.)
Criado. Dice que no le espere usted esta noche.
Crist. Va á pasar la noche fuera!
Tomas. Por lo visto.
Crist. Corra usted! (Á D. Tomás.)
Tomas. Adónde!
Crist. Á ver, un velo! Un sombrero! Juana! Ramon!!
Tomas. Nos vamos?
Crist. Corriendo!
Tomas. Ah, vamos á seguirle?
Crist. Ya lo creo! Juanaaaaa! (Pateando y chillando. La Doncella entra corriendo con un velo. Cristina se lo pone de cualquier modo.) Nos iremos por la escalera de servicio que da á la calle del Pozo.
Tomas. Pues la noche está apropósito!
Crist. Muévase usted!
Tomas. Y yo con siete callos!
Crist. Vamos! (Cogiéndose del brazo de D. Tomás.)
Tomas. Pero, hija mia! (Corriendo con ella.)
Crist. Corra usted! Infame! Infame!

ESCENA X.

La DONCELLA, el CRIADO, DOÑA ISIDORA.

Criado. Qué demonios les pasa á mis amos?

DONC. Pero qué sucede?

CRIADO. Parece que están locos.

DONC. Me parece que se ha dejado usted la puerta abierta.

CRIADO. No ha sonado... (La Doncella va corriendo hácia la puerta del foro. En este momento aparece en el umbral de la puerta Doña Isidora, que debe ser rubia en extremo.)

ISID. Está el señorito?

CRIADO. No señora.

ISID. Voy á esperarle.

CRIADO. Es que ha dicho que no viene á dormir.

ISID. Sí viene, sí.

CRIADO. Es que acaba de decir que no.

ISID. Sí, hombre, sí; ya verá usted como viene.

CRIADO. Va usted á esperarle?

ISID. ¡Ya lo creo!

ESCENA XI.

DOÑA ISIDORA.

Estará en el teatro con su mujer. Le espero? Me voy? Qué hago? No lo sé. Si supiera que tardaba mucho podria aprovechar este ratito para activar cierto negocio... Si tendrá dinero? Él debe estar en fondos... Qué tal saldrá esto? Qué sé yo, qué sé yo! En fin, Arturo tiene talento que le sobra; dado que el talento sobre... Qué dirá su mujer cuando me vea aquí. Se sorprenderá. Cómo se puede figurar ella que á estas horas... yo... y él... y ella... Son las once y media y no cesa de llover; qué me cuesta esperar? Esperaré sentada. Qué buen fuego! Aaah! (Se sienta al amor del fuego y se queda dormida.)

ESCENA XII.

CRISTINA, D. TOMÁS, ISIDORA.

Cristina y D. Tomás entran cogidos del brazo y cansadísimos. Al llegar á la mitad de la escena se separan y van cada uno á caer sobre una silla, pero léjos de lo butaca donde está dormida Isidora, á la cual no deben ver hasta que lo marque la escena.

CRIST. ¡Ay! (Dejándose caer sobre el asiento.)

TOMAS. ¡Uf! (Id. id.)

CRIST. (Despues de una pausa muy larga.) Le parece á usted que lo pongamos en el *Diario?*

TOMAS. ¿Cómo? (Asómbrado.)

CRIST. ¡Comiendo! Mi marido se ha perdido, por consiguiente, si no hay medio de encontrarle, le anunciaremos!

TOMAS. La verdad es que esto no tiene ejemplo.

CRIST. Dios mio... Dios mio! (Llorando y ocultando el rostro con el pañuelo.)

TOMAS. Estoy reventado. (Se arrellana en la butaca.)

CRIST. Mire usted, don Tomás, lo que sucede es horroroso. (D. Tomás comienza á dormirse.) La alegría que habia en esta casa, ya usted la ha visto; aquí no ha habido nunca un disgusto, ni una discusion, ni la cosa más mínima. Arturo ha sido siempre lo más cariñoso, lo más bueno del mundo. Su educacion es excelente, sus modales distinguidos, agradabilísima su conversacion y su trato ameno. Ya usted sabe que pertenece á una de las primeras familias de Sevilla, y que de soltero como de casado ha gozado fama de hombre de bien. Habrá tenido sus calaveradas de muchacho, pero nunca fué libertino, ni jugador, ni hombre de trapisonda. Cómo se explica usted lo que hace ahora?

TOMAS. (Da un ronquido estrepitoso. Cristina se levanta furiosa.)

CRIST. Pues no se ha dormido? Don Tomás!

TOMAS. ¿Qué sucede?

CRIST. Yo no sé para qué me ha prometido usted ayudarme.

TOMAS. ¿Yo? ¡Uf! Las diez y media. Cristinita, usted me ha de dispensar, pero francamente, no tengo costumbre de volver á mi casa tan tarde.

CRIST. Me abandona usted?

TOMAS. Pero, hija mia...

CRIST. Vaya usted con Dios; no me opongo; dichosa mujer que espera á su marido, yo he de pasar la noche llorando.

TOMAS. (¡Diez mil realitos!)

CRIST. (¡Se lo voy á contar á mamá!)

TOMAS. (¡Diez mil realazos!)

CRIST. Don Tomás, no se detenga usted por mí. (D. Tomás está muy pensativo en medio de la escena dándole vueltas al sombrero.) Yo le agradezco á usted mucho lo amable que ha estado esta noche. Vaya usted sin detenerse, yo sé lo que es esperar y... (En este momento ronca Isidora.) Otra vez se ha dormido usted? (Se vuelve y le ve de pie. D. Tomás, que ha oido el ronquido, la mira primero á ella y luégo á todos lados.)

TOMAS. ¿Quién trompeteaba? (Comienzan los dos á registrar todos los muebles con cierto temor y curiosidad. Cristina ve á Doña Isidora.) ¡Uf! Una mujer rubia! Aquí sobra uno!

CRIST. ¡Si es mamá!

ESCENA XIII.

CRISTINA, DOÑA ISIDORA.

ISID. Hola, hija mia! Ya suponia que estariais en el teatro! Dónde anda tu marido? Yo os esperé porque queria contaros un asunto que me interesa mucho y no quise esperar á mañana. Qué tal, qué tal, os divertís mucho?

CRIST. ¡Mucho! Muchísimo! Si usted viera qué divertida estoy!

ISID. No he visto á Arturo hace quince dias. Verdad es que la última vez que estuvo en casa le eché un sermoncito y se fué un poco amoscado. Sigues teniéndole á raya?

CRIST. Á raya, eh?

ISID. Ya sabes lo que te tengo dicho; con el marido hay que

hacer lo que hacia el mio con los pobres. Poca conversacion y paso largo.

CRIST. Usted cree...

ISID. Con que, hablemos de mi negocio. Hija, ya sabes tú que yo tengo genio especulador. Si yo hubiera sido hombre habria hecho un gran comerciante. Desde algun tiempo á esta parte hago negocios por segunda mano. Tengo un agente, un hombre muy listo y muy de bien, muy buen cristiano, hermano mayor de diez cofradías; excelente persona, que ha hecho un dineral prestando á real por duro. Este señor, que se llama don Gaspar Agudo, se ha encargado de manejar mi dinero desde principios del mes pasado; porque hija mia, una viuda sin rentas tiene que trabajar decentemente para vivir en sociedad. Ya ves tú que yo voy á los bailes y doy de comer una vez á la semana y soy *filántropa,* y en fin, yo no cobro pension ni nada. Tu padre, que esté en gloria, no me dejó á su muerte mas que una casa en Pinto que renta doce duros al año, y el inquilino no me paga desde el año cincuenta y cuatro, con que dime tú con qué voy á vivir yo en Madrid! Y digo, en Madrid, que es una sima!

CRIST. Pero mamá!

ISID. Pues verás. Con un poquito de papel del Estado que compré hace dos años, y unas compras de trigos y qué sé yo qué, ello es que he venido á juntar cerca de ocho mil duros. Mi don Gaspar Agudo me dijo ayer que una persona muy distinguida, que se encuentra en un grave apuro, buscaba esa cantidad á plazo de un mes; conque se la hemos prestado á un interés muy regular y le hemos agarrado de manera que ó paga ó va á la cárcel. Sobre eso quiero consultar á Arturo. Yo no sé quién es el sujeto. Don Gaspar ha hecho la escritura y él se las arreglará. Creo que me ha dicho que se llama... cómo se llama, señor, cómo se llama... En casa lo tengo apuntado. Conque dónde está Arturo?

CRIST. Arturo?

ISID. Sí.

CRIST. Arturo? Ay, mamá! Arturo se ha perdido!

ISID. Qué estás diciendo, muchacha!

CRIST. Que estoy muerta de pena, mamá; que esta casa se ha venido abajo! Que Arturo tiene una rubia!

ISID. Una rubia! Mi yerno tiene una rubia! Pero supongo que habrás avisado á la autoridad!

CRIST. Para qué?

ISID. Para que se haga un escarmiento. Y cómo has consentido tú...

CRIST. Yo qué he de consentir, si yo no sabia nada hasta esta noche!

ISID. Pero esto es inaudito! Dónde está ese mónstruo...

CRIST. Le digo á usted que no está, que no se sabe de él... que anda loco por ahí.

ISID. ¿Con ella?

CRIST. Sin duda.

ISID. Y quién es ella?

CRIST. Yo no la conozco.

ISID. Alguna perdida.

ISID. Jesús, Jesús, Dios mio de mi vida, qué cosa tan atroz! Y qué piensas hacer?

CRIST. Lo que usted me diga.

ISID. En primer lugar, ahora mismo se cierra la puerta.

CRIST. ¿Para qué?

ISID. Para que cuando venga no se le abra de ninguna manera.

CRIST. Pero mamá, yo quiero que vuelva!

ISID. De ninguna manera! Serás tan débil que le perdones?

CRIST. Pero...

ISID. Nada, nada! Se acabó. Ó es que quieres consentir que ame por ahí á todas las mujeres?

CRIST. Es una picardía, tiene usted razon, no se le abre la puerta.

ISID. Á dormir tiene que venir, y entónces veremos.

CRIST. ¡Cá! Si ha mandado recado que no viene!

ISID. Ha mandado recado! Á ver, ponte un velo!

CRIST. ¿Salimos?

ISID. Á avisar al alcalde de barrio.

CRIST. Para que le busquen?

ISID. Ya lo creo! El otro dia se me perdió á mí el perro, y...

CRIST. Mamá, no compare usted á Arturo con un perro! Eso si que no!

ISID. Vamos, vamos, no perdamos el tiempo...

CRIST. Qué situacion tan horrible! Una mujer como yo, saliendo por esas calles á buscar á su marido...

ISID. Y yo, que venia á consultarle sobre mis negocios! El muy trasto!

CRIST. ¿Ha traido usted coche?

ISID. No; pero no hace falta.

CRIST. ¿Vamos solas?

ISID. Avisa al Criado.

CRIST. ¡Ramon!

ISID. ¡Una rubia! Esto no se puede oir. Sabes si es rubia la mujer de don Tomás?

CRIST. No señora, es *gris*.

ISID. Estás muy inquieta, verdad?

CRIST. Sí señora, estoy loca, estoy desesperada. Vamos, ande usted.

ISID. Vamos!

ESCENA XIII.

DICHAS, D. TOMÁS.

TOMAS. Pues señor, noche de agua!

ISID. ¡Ah!

CRIST. El ruin de Roma.

TOMAS. Señora...

CRIST. Don Tomás.

TOMAS. Cristina! Se ha perdido mi mujer!

CRIST. ¿Eh?

TOMAS. ¡Nada! Choque usted! (Ofreciéndole la mano.) Ya estamos iguales.

CRIST. Pero don Tomás...

TOMAS. Como usted lo oye! Dice mi criada que viendo mi mujer que yo tardaba en volver á casa, se puso hecha una fiera y se salió á buscarme.

CRIST. Bien hecho.

TOMAS. Y gracias que no me ha encontrado, porque mi mujer es de las que se comen un transeunte.

CRIST. Y usted qué hizo?

TOMAS. Buscarla por la vecindad, como cuando se pierde un canario. Pero nada; Dios sabe donde habrá ido á buscarme.

CRIST. Y qué piensa usted hacer?

TOMAS. Estarme aquí hasta que usted me eche, y luégo darme un paseo por ahí hasta que amanezca. Yo no entro en casa si no me acompaña un amigo! Ahí en la calle encontré á Arturo...

CRIST. ¿Arturo?

ISID. ¿Arturo? (Levantándose.)

TOMAS. Pues qué, le daban ustedes por muerto?

CRIST. No.

TOMAS. Como se asombran ustedes de que le haya encontrado...

CRIST. Y qué dijo?

ISID. ¿Á dónde iba?

CRIST. ¿Pensaba venir?

ISID. ¿Qué pensaba hacer?

TOMAS. Iba con otro.

ISID. Ah, con otro!

CRIST. Con otro!

TOMAS. ¡Qué cosa tan rara, verdad? (Burlon.)

CRIST. Vamos, hombre, cuente usted.

TOMAS. Pues nada, el pobrecito no pudo hacer más que detenerme ahí en la esquina, y sacarme veinticinco duros que yo llevaba en el bolsillo.

CRIST. ¡Cómo!

TOMAS. Nada, que me pidió el dinero que yo llevara, para un asunto del momento.

ISID. Le pidió á usted...

TOMAS. Sí, hija, sí; á boca de jarro, y no se lo pude negar. Eso es lo que los inteligentes llamamos *un sablazo.*

ISID. Va recogiendo dinero!

TOMAS. Así parece.

CRIST. Y el otro, quién era?

TOMAS. No sé cómo se llama.

ISID. Pero le conoce usted?

TOMAS. Sí.

CRIST. De vista, eh?

TOMAS. Ya lo creo que le conozco! Me robó el reló el año pasado al salir de los toros.

ISID. Caballero!

CRIST. Querrá usted decirnos que mi marido se acompaña de rateros? Pues hombre, ya no faltaba más que eso!

TOMAS. Le digo á usted que el sujeto que iba con Arturo era *tomador* el año pasado. Ahora va vestido de caballero y lleva una cadena magnífica, lo cual no me extraña. Es una cara que no se me ha olvidado. (Isidora se ha dejado caer sobre un sofá llorando.)

CRIST. Don Tomás, qué es lo que le sucede á mi marido?

TOMAS. Hija mia, yo no lo sé; pero es indudable que no anda en buenos pasos.

CRIST. Si á lo menos le hubiera dicho á usted dónde iba..

TOMAS. No me lo dijo, pero yo lo ví.

CRIST. Ah! (Isidora so levanta.)

ISID. ¿Dónde?

TOMAS. Ahí cerca entró en una casa en la calle del Lobo.

ISID. En la calle del Lobo? Ha ido á verme.

TOMAS. ¡Vive usted allí?

ISID. Sí. Quiere usted que vayamos á buscarle?

CRIST. Pues ya lo creo! Don Tomás, coja usted el paraguas!

TOMAS. ¡Adios! Ya estamos de marcha otra vez.

CRIST. Saldremos por la escalera de servicio que da á la calle del Pozo. Vamos!

TOMAS. Pues señr, uoche de agua!

CRIST. ¡Corra usted!

ISID. Sí, de prisa!

TOMAS. No me falta más que encontrar á mi mujer en el camino.

ESCENA XIV.

ARTURO.

Entra con el sombrero tirado hácia atrás, la corbata suelta y el paraguas abierto, apoyado en el hombro. Viene distraido y comienza á pasear á lo largo de la sala.

ART. Veintidos, treinta y dos, cuarenta y dos, cincuenta y dos, sesenta y dos... sesenta y dos por un lado y cincuenta y cinco por otro... sí, eso es, eso es, eso es... bnena la hemos hecho... esta sí que es la gorda... parece que ya no llueve. Eh? ¡Ah! Sí... pues si estoy en mi casa... Es posible? Aún tengo casa! Mi mujer dormirá como un liron... es decir, como la hembra de un liron... liron, liron... (Tarareando.) Liron, liron... Aquí tiene usted á un hombre que no sabe de qué va á vivir mañana. Y por quién? Por quién? (Sacando un retrato del bolsillo.) Por esta! Por esta infame! Si, eres una infame, una ingrata, una pérfida. Te he buscado sin cesar, te he dado toda mi fortuna, he fiado en tí como si fueras mi salvacion, y tú... (Asustado como si oyera ruido.) Eh! No se habrá acostado mi mujer? Y á mí qué me importa! Yo soy un hombre al agua, y perdido por mil, perdido por mil y quinientos; sí señor, venga el trueno gordo! Yo necesito ya el escándalo, el golpe final, el ramillete de los cincuenta voladores... saracataplum! plum, plum! Y ahora mismo me voy y no vuelvo, y hasta nunca... quiero alegrarme, quiero olvidarlo todo, yo no tengo casa, yo no tengo familia, yo no tengo un cuarto, yo no tengo nada! Y me alegro, porque tengo corazon y no hay quien pueda conmigo, y adelante con los faroles! Tráu, larán, larán, larán, larán. (Se dirige hácia la puerta del foro. En este momento aparece en ella D. Tomás y las dos señoras, cogidas cada una de un brazo de aquel. Arturo asustado, quiere ocultarse en alguna parte.) ¡Uf!

ESCENA XV.

DOÑA ISIDORA, CRISTINA, D. TOMÁS, ARTURO.

ISID. Caballero, doy á usted y me doy á mí misma la enhorabuena de haberle encontrado.

ART. Mamá...

ISID. Yo no soy mamá.

CRIST. Ay, qué descompuesto está.

TOMAS. Todos nos llevamos poco.

ISID. Caballero...

CRIST. Pero usted ve cómo viene?

TOMAS. Se me figura que le han dado una paliza.

CRIST. Ay Dios mio, estará enfermo?

ISID. Usted comprenderá que las circunstancias exigian mi presencia en esta casa.

ART. Señora...

ISID. Yo no soy señora!

ART. ¡Ah, no?

ISID. Para usted no soy más que un juez, porque debo serlo. La tranquilidad de mi hija me interesa más que la de usted, y al saber el escandaloso suceso de que era teatro esta casa...

ART. Permítame usted...

ISID. Déjeme usted hablar.

TOMAS. (Quítele usted el paraguas á su señora madre.)

ISID. Al saber el doloroso suceso de que era teatro esta casa, tuve que intervenir, como era natural, y estoy en el deber de pedir á usted cuentas de su conducta.

ART. Señora, yo soy el amo de mi casa, y solamente á mi mujer puedo revelar lo que pertenece á mi vida privada.

ISID. Su mujer de usted, caballero, no puede ni debe oir...

CRIST. Su mujer, madre mia, necesita oirle, y ruega á ustedes que se retiren.

ISID. Hija...

ART. Cristina, á tí sólo he de hablar. (Cristina hace una seña suplicando que se vayan. Doña Isidora se coge del brazo de Don Tomás y va á uno de los cuartos de la derecha del actor.)

TOMAS. (La noche de San Daniel no sucedió nada.)

ESCENA XVI.

CRISTINA, ARTURO.

CRIST. Arturo!

ART. Has llegado en el momento más decisivo. Un instante más sin verte y salgo de esta casa para no volver más.

CRIST. Tú?

ART. Yo, que estoy loco. Que quiero hacerme el valeroso y romper de una vez con todo lo que me rodea, para no acordarme de que soy un miserable.

CRIST. Te ibas á marchar?

ART. Sí.

CRIST. Para no volver?

ART. Sí.

CRIST. Ay Dios mio de mi alma, qué hombres tan descastados! Le parece á usted! Marcharse así, sin despedirse de mí...

ART. Pero oye...

CRIST. Sin hacerme caso!

ART. Pero oye...

CRIST. Sin pensar en que me quedaba sola y desconsolada!

ART. Pero oye...

CRIST. Qué infamia!

ART. Pero, mujer, si no me he ido! Si estoy aquí. Mírame, tócame, eh! Que estoy aquí!

ISID. (Asomando por la puerta.) ¿Salgo?

ART. No señora, no, no salga usted; no hace falta.

CRIST. Habla, dímelo todo.

ART. Óyeme, pues.

CRIST. Ya te oigo. Pero cuando recuerdo lo felices que éramos ántes; esta misma noche, aquí, al amor del fuego, yo

hablándote tan cariñosa... y tú... vamos, si no sé cómo he podido sufrir...

ART. Cristina, por favor, no me desesperes!

CRIST. Ya te escucho.

ART. Vas á saber toda la verdad, toda la horrible verdad de lo que sucede.

CRIST. Sí lo sé todo, hombre, si lo sé todo!

ART. Pero es que...

CRIST. Si sé que no me quieres, que has preferido á otra, que te ha sorbido los cascos, que...

ART. Pero mujer...

CRIST. Si yo quisiera morirme, sí; me quisiera morir, Arturo, porque para esto no hay consuelo...

ART. Oye...

CRIST. Una mujer como yo, que no pensaba más que en quererte, y en mirarse en tus ojos, y en ir contigo á todas partes, y en bordarte pañuelos, y en leerte *La Correspondencia*...

ART. Mira, Cristina...

CRIST. Qué motivo te he dado yo para esto! Dí, qué motivo te he dado para que me dejes, para que busques otras mujeres?...

ART. Que no busco...

CRIST. Que sí buscas!

ART. Que no busco, Cristina!

ISID. (Asomando por la puerta.) ¿Salgo?

ART. Sí señora, de la provincia debia usted salir!

CRIST. No, mamá.

ART. Ea, adios!

CRIST. ¡Arturo! (Momento de silencio.)

ART. Cristina, ten calma una vez; que pues la tengo yo, ya puedes tú tenerla. Ha llegado el momento de descubrírtelo todo. Estamos arruinados.

CRIST. ¡Arruinados!

ART. Sí, ángel mio, sí, completamente arruinados. Hay desgracias inevitables...

CRIST. No, Arturo, no; dí mas bien que tus debilidades no han

sabido evitar nuestra desgracia. Sé cuál es el orígen de tu ruina, lo sé y me atormenta y me mata, porque mi amor era bastante á tu felicidad, y este amor mio, puro, sincero, leal y desinteresado, léjos de satisfacerte y de hacerte dichoso, te ha alejado de mí para buscar tu ruina y la mia. No importa la miseria cuando la conciencia no grita; no importa perder la fortuna cuando se conserva la honra. La noticia de nuestra ruina no me hubiera quitado el sueño, si al mismo tiempo me hubieras dicho, Cristina, estamos arruinados; pero yo te amo sobre todas las cosas del mundo y este cariño me da valor para recuperar lo perdido. Pero no me dices eso, porque no lo sientes. Me dices estamos arruínados, y te callas, que es como si añadieras, estamos en ocasion de separarnos para siempre.

ART. Para siempre! Qué estás diciendo! Puedes tú suponer que mi corazon huye con mi fortuna? Tu lenguaje es extraño. Buscaba yo consuelo en tí y encuentro recriminaciones. No me basta el remordimiento, sino que has de castigarme con tu desvío.

CRIST. Pues qué desvío hay aquí sino el tuyo?

ART. Crees acaso que me arruiné por libertino?

CRIST. Negarás que otra mujer te ha llevado á la ruina?

ART. Quién te ha dicho tal cosa? Quién ha venido á sembrar aquí la discordia?

CRIST. Un amigo leal á quien tú mismo has confesado lo que te pasa.

ART. Ah! Don Tomás! Ah!

CRIST. Muérete de vergüenza... negarás ahora... corre en brazos de la rubia hechicera por quien tanta pasion siente tu alma...

ART. Cristina, perdóname y te lo cuento todo.

CRIST. Perdonarte cuando no me niegas que la amas?

ART. Y si tú la conocieras?

CRIST. Tanto peor.

ART. Y si al verla me perdonaras?

CRIST. Cómo era posible?

ART. Hé aquí su retrato.

CRIST. Ah!!! (Viendo el retrato que le da Arturo.)

ART. Tu perdon, Cristina. (Arrodillándose.)

CRIST. Era esta!...

ART. Me perdonas ahora?

CRIST. Qué vergüenza...

ART. Por Dios, que nadie lo sepa!

CRIST. ¡La ruina! El descrédito tal vez.

ART. Mañana á las doce debo pagar ocho mil duros. Si no los pago... puedo ir á la cárcel.

CRIST. Á la cárcel!

ISID. Á la cárcel!

ART. Sí; tomé ese dinero en calidad de depósito, y mi acreedor, don Gaspar Agudo, es implacable.

CRIST. Don Gaspar...

ISID. ¡Ay! (Cae desmayada sobre la silla que hay junto á la puerta.)

ART. ¡Eh!

TOMAS. ¡Qué es eso!

CRIST. ¡Mamá!

TOMAS. Doña Isidorita!

ISID. ¡Me ha dejado por puertas!

ART. ¡Cómo!

ISID. ¡Ese dinero... era el mio!

CRIST. ¡Ah! Don Gaspar...

TOMAS. Pero hombre... eres extraordinario. Haber engañado á una suegra!

CRIST. Usted no consentirá que le prendan!

ISID. No...

ART. ¡Mamá! ¡Mamaita!...

ISID. ¡Ocho mil duros! Toda mi fortuna.

TOMAS. Alguno conozco yo que se contentaria con diez mil reales!

ART. Tranquilícense ustedes, mi mujer me ha perdonado, y yo juro á Dios no darle más motivos de pena. Ha sido un lunar en mi vida, y usted, y usted cobrarán su dinero. Trabajaré, trabajaré, y no me separaré de mi mujercita. Mañana ó pasado sale mi nombramiento.

TOMAS. Para dónde?

ART. Para Cuba; en aduanas.

ISID. En aduanas? Ah! entónces...

TOMAS. No se ha perdido nada.

CRIST. Juras no volver á ver á la rubia?

ART. Maldita sea ella. Que nadie sepa su nombre, que nadie lo sepa!

CRIST. Ah! eso no. Que el vicio denigrante á que has rendido culto, no tiene mejor castigo que la reprobacion de las gentes honradas. Y he de enterar á todo el mundo...

ART. Por caridad!

CRIST. Que la rubia era...

ISID. ¿Quién?

ART. Oh! qué humillacion!

CRIST. Era... la sota de oros! (Lo dice enseñando al público el retrato que Arturo le dió y qne debe ser una carta de la baraja.)

FIN.

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

(*Adicion al mismo catálogo.*)

TÍTULOS.	Actos.	Prop. que correspond.
e guisa un conejo	1	Todo.
anta	1	Id.
ochuelo á su olivo	1	Id.
be todos los gatos son os	1	Id.
'into y Valdemoro	1	Id.
el siglo	1	Id.
'!	1	Id.
ónimos	1	Id.
: de beneficencia	1	Id.
Mater	1	Id.
a, el general	1	Id.
'eto entre mujeres	1	Id.
de la esperanza,,,	2	Id.
eller y el monarca	3	Id.
raneja	3	Mitad.
el sordo	3	Todo.
ifico ó el Dómine irre- o. (Zarzuela.)	1	L. y M.
de una mujer	1	Id. Id.
bre es débil	1	Id. Id.

TÍTULOS,	Actos.	Prop. que correspond.
Flor de Aragon	1	L. y M.
La Correspondencia de España	1	Id. Id.
=Tocar el violon	1	Música.
Un ensayo de Pepe Hillo	1	Id.
=¡El Teatro en 1876!!	2	Id.
Travesuras amorosas	2	L. y M.
=Perla. (Zarzuela.)	1	Música.
Como llovido del cielo	3	L. y M.
La perla. (Zarzuela.)	3	Id. Id.
La internacional	1	Todo,
1871-1872, revista	1	Id.
La sota de espadas	3	L. y M.
Desde el tendido	1	Todo.
Necesito un hombre	1	Id.
Un yerno á pedir de boca	1	Id.
Favor por favor	1	Id.
Un manojo de espárragos	1	Id.
Nobleza obliga	3	Id.
El doctor virulento	1	Música.
La pena de argolla	1	Todo.

PUNTOS DE VENTA.

ROVINCIAS. En casa de los comisionados de los señores GULLON É, y en las principales librerías.

'ADRID. En las librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo, y de L. calle del Cármen.

